

Más tarde se apartaron las nubes y apareció la luna.

Los fantasmas de la bahía

Por Ricardo VALENZUELA

Jacobo y Damián no tenían contrata. Apoyados en la pared junto a la vitrina iluminada de Olsen y Larsen, proveedores de naves, miraban caer la lluvia.

A la vuelta, en la calle estrecha, estaban las oficinas de contratación. Varios hombres se agrupaban ante la puerta. Fumaban, charlaban o permanecían inmóviles con las manos en los bolsillos.

Había crisis de embarques. Varios buques mercantes permanecían fuera de la dársena, fondeados, con los fuegos apagados.

Del bar vecino salía un torrente de música chillona; un vaho tibio con olor a tabaco picante y a cerveza derramada. Al fondo de la calle se divisaban como estrellas vagabundas las luces de los remolcadores que se movían lentamente, arrastrando pesados convoyes de lanchas.

—Debíamos irnos de aquí— murmuró al fin Jacobo— ¿Qué más hacemos?

Damián se encogió de hombros.

—Sí, creo que sí.

No se les ocurrió ir sino al muelle.

¿A qué otra parte iban a ir si no tenían para beber siquiera dos vasos de cerveza?

El tiempo estaba frío. Aquí y allá deambulaban siluetas vagas. Mujeres que venían a hacer la vereda en la orilla; changadores, boteros que terminaban su jornada y volvían a sus casas con los remos al hombro.

Se acercaron a un buque. "Zarpe a las 19.00", se leía en la pizarra junto a la pasarela. Había algún ajeteo alrededor de la nave. Una gruesa trenza de humo se desprendía de la chimenea. El sobrecargo inspeccionaba los últimos bultos. Los costados del buque chorreaban humedad como el edificio de la Aduana. El olor penetrante del humo se extendía por todo el muelle. Sobre el fondo gris del anochecer, las lumbreras redondas, iluminadas, parecían soles.

—Aquí se está mejor. . .— suspiró Jacobo.

Damián, con las manos en los bolsillos de su chaquetón aprobó con un gesto.

Hacia años que en todos los puertos, en todos los mares, aprobaba cuanto decía Jacobo.

Se apoyaron en la baranda para contemplar el navío. La baranda estaba húmeda, viscosa.

El navío era un viejo vapor de cabotaje, de casco chato, renegrido; las franjas de la chimenea sucia de ollín. Olía a pasto aprensado, a ganado, a brea, a carbón de piedra.

Mucha gente subía y bajaba por la pasarela. Había grupos en cubierta que charlaban animadamente. Abundaba un ir y venir de individuos que transportaban cajas, maletas, bolsas. . . Aspiraron profundamente el humo que impregnaba la atmósfera. Era un olor denso, particular, que les recordaba los viajes.

Jacobo sacó un cigarrillo, lo partió y dio la mitad a su amigo.

Encendieron ambos pedazos y se pusieron a fumar sin cambiar palabra. ¿Qué iban a decirse? ¿No habían hablado bastante desde que juntos, durante tantos años, recorrían los mares? Y durante la guerra, ¿no estuvieron una vez casi una semana a bordo de una balsa abandonados en el Océano Pacífico después del torpedeamiento del convoy, durmiendo enrollados como dos gatos, protegiéndose, mirándose, diciéndose mutuamente cuanto tenían que decirse hasta que los recogió aquel guardacosta norteamericano?

Y ahí estaban otra vez a la deriva, pero en Valparaíso, sin embarque.

Un desconocido los sacó del arrobamiento con que contemplaban el vapor. Se dirigió a Jacobo. Este debía dar la impresión de ser el jefe de Damián o, al menos, el más listo entre ambos. Parece que todo el mundo se formaba esta idea. Sucedió igual en Hamburgo, en Oslo, en Buenos Aires, en Valparaíso, dondequiera que alguien se les acercaba para decirles algo.

Damián estaba acostumbrado a esto. No le importaba. Pacientemente aguardaba mientras se dirigían al otro. Escuchaba, se limitaba a mirar con mansedumbre vacua. Era un poco más alto, más corpulento que Jacobo. Este era delgado, nervioso, pero sólido. Se notaba a primera vista que había vivido mucho al aire libre; que se había tostado al sol hasta secar la piel.

* ★ *

—¿Quieren ayudarme, muchachos?— les preguntó el recién llegado.

El desconocido vestía impermeable, sombrero oscuro suelto, guantes. Llevaba bajo el brazo una carpeta de cuero, como los abogados y los funcionarios que intervienen en los conflictos marítimos.

—¿Ayudarle nosotros a usted?— respondió Jacobo con extrañeza.

—Sí, quiero embarcar algo en este buque. Me he atrasado. Traigo un baúl en el automóvil,

Los dos marineros se miraron.

Era frecuente que pasajeros rezagados solicitasen ayuda entre los desocupados que deambulaban por ahí.

—Sí —insistió el del impermeable—; es sólo el baúl.

Jacobo pensó que después de todo, Dios no iba a olvidarse de dos buenos marineros calados hasta los huesos en aquella maldita lluvia, y ansiosos de beber un trago. Consultó con la mirada a Damián.

—¡Vámos!— dijo éste secamente. Y se irguió como para estirar los músculos. Botó el resto del cigarrillo y escupió.

Los tres se pusieron en camino bajo la lluvia, que a ratos se hacía más mojadora.

En el trayecto hasta el automóvil, el señor les explicó que todo iba a ser muy sencillo.

Se trataba nada más que de hacer desaparecer el baúl.

—¿Quiere usted que lo robemos?— inquirió Damián con naturalidad.

El desconocido sonrió.

—No. Sólo deseo que al cruzar la pasarela ustedes tropiecen y el baúl caiga al mar.

—¿Eso es todo?

—Una broma pesada para un amigo. . . Nada más.



Los pasajeros y el sobrecargo azorados vieron cuando los dos marineros de torpes pasos tambalearon en la pasarela y el baúl cayó al mar hundiéndose de inmediato.

Algunos se arremolinaron en la orilla, con curiosidad. No era la primera vez que pasaba, sobre todo con estos embarques de última hora.

—¿Qué contenía?— gritó el sobrecargo desde cubierta, sin disimular la molestia.

Aún no se acallaban las murmuraciones de los curiosos.

—¡Libros! ¡Solamente libros! ¡Pensaba remitirlos al norte! ¡No se preocupe!— se apresuró a responder el desconocido.

—¿Había pagado el flete en la Compañía?— insistió el sobrecargo en medio de la expectación de los pasajeros.

Cualquier incidente a bordo, por nimio que sea, produce expectación entre los pasajeros.

Jacobo y Damián permanecían en la pasarela inmóviles, los brazos colgantes, como esperando una reprimenda. Faltaba poco para que se convencieran de que realmente se les había caído el baúl.

—No. Pensaba pagar el flete a bordo— respondió el hombre del impermeable—. Soy benefactor de un asilo en el norte y enviaba esos libros. No tiene importancia.

—¡Lo lamento!— gritó el sobrecargo.

Ahora ya estaba oscuro. Encendieron las luces del puerto. Los últimos estibadores bajaron por la pasarela de proa. Por la otra bajaron los visitantes, los que iban a despedir a parientes y amigos.

Como el buque continuaba atracado, se oyó claramente la voz de: "¡Pasajeros al comedor!".

Un camarero de chaqueta blanca y corta, recorría la parte techada del puente, donde se apretujaban los pasajeros, agitando una campanilla. "¡Los pasajeros al comedor!", repetía con acento monótono.

Pronto se despobló la cubierta. Aun se agitaron algunos pañuelos en tierra y a bordo. El viento suave empujaba el humo de la chimenea hacia tierra. La atmósfera se saturaba de humedad, de olor a carbón de piedra y algas.

—¡Aclarar la pasarela!— gritó un oficial desde arriba.

Iban a retirarla y a soltar amarras. La grúa se acercaba resoplando. Hombres de mezclilla botaban las gruesas espías al agua.

Jacobo y Damián se reunieron con el desconocido.

—No tiene importancia— repetía el hombre ante un pequeño grupo que le rodeaba—. Eran libros y revistas viejas que envío periódicamente a un asilo de Antofagasta. Y... ¿dónde se han ido esos muchachos? Al fin y al cabo no tienen nada que temer. Ha sido una casualidad. Con este tiempo, con esta llovizna viscosa...

Ya se oía el chapoteo de la hélice del buque que se alejaba lentamente de tierra.

Cuando llegaron otra vez junto al automóvil, el desconocido les pasó unos billetes y se despidió.

—¡Hasta la vista, muchachos! ¡Lo han hecho ustedes muy bien!

Se quedaron mirando la lucecilla roja del vehículo que dobló en la primera esquina. Ya era completamente de noche. El pavimento brillaba bajo los faroles públicos. Figuras indecisas se movían entre las rumas de mercancías.

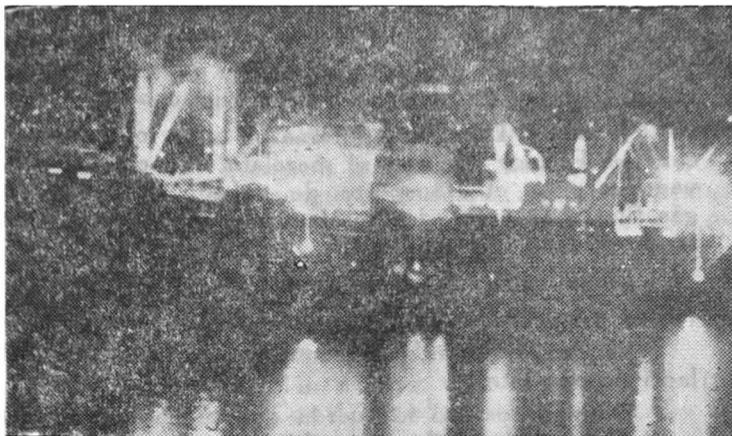
—Fue fácil, ¿verdad?— comentó Damián.

—¡Demasiado fácil!— reflexionó Jacobo, y se metió el dinero en el bolsillo del pantalón.

Jacobo reflexionaba siempre...

En cierta época, en Panamá, había trabajado como pescador de perlas. Pertenecía a la tripulación de una goleta que recorría el golfo por cuenta de unos comerciantes chinos de San Francisco que se llevaban las perlas dejándoles a ellos las ostras... Era un trabajo duro. Tenía que sumergirse con un cuchillo entre los dientes y aguantar la respiración. Una vez...

Damián conocía de memoria el episodio. Jacobo se lo había contado cuando estuvieron días y días abandonados en la balsa en el Pacífico... Una vez, Jacobo tuvo una riña con otro pescador allá abajo... Una de esas cosas del instante... por disputar una ostra. Jacobo la ganó para sí... Una gran mancha de sangre subió a la superficie... El patrón de la goleta accedió a desembarcarlo en una playa. No pudo volver más a Panamá...



Sobre el fondo gris del anochecer, las lumbreras redondas, iluminadas, parecían seles.

A medianoche la llovizna cesó y se convirtió en espesa niebla.

Esa niebla de Valparaíso que se levanta desde el mar y envuelve toda la ciudad como en una gasa a través de la cual brillan mortecinos los faroles públicos. La sirena de Playa Ancha sonaba intermitente. Las luces de los cerros más próximos parpadeaban como detrás de un velo.

Jacobo y Damián bajaban por la calle Cajilla. El pavimento continuaba húmedo. Caían goteras de los tejados. Uno que otro gato vagabundo, con el pelaje mojado, erraba por los aleros. El agua se deslizaba como una transpiración por las fachadas de latas.

Casi no había rumores.

A Jacobo le revoloteaba una idea.

Al fin sugirió:

—Podríamos volver al muelle...

Lo deslizó así, como una cosa sin importancia. Sin mirar siquiera a su amigo.

—¿Mañana?— inquirió Damián.

En el umbral de una casa con la puerta entreabierta, había una mujer calentándose las piernas junto a un brasero.

—No. Ahora mismo. Me fijé bien dónde cayó el baúl. Hay poca profundidad. Está bastante oscuro.

Damián calló, dudoso.

Caminaban uno al lado del otro, encorvados, con las manos en los bolsillos. A veces sus sombras se proyectaban en las paredes, agrandadas, deformadas, grotescas.

—¡He pescado perlas! ¿No te he dicho?— lo animó Jacobo.

La callejuela estaba salpicada a ambos lados de farolillos rojos... Alguien, por ahí, hacía sonar un piano.

—Bueno, vamos.

Cruzaron la Plaza Echaurren en dirección a los muelles. Las viejas palmeras doblaban sus hojas bajo la humedad.

A la orilla, la niebla era más espesa. Dos o tres grandes vapores mecíanse atracados a los muelles de la Aduana. La marea lamía suavemente sus costados. Por la popa de uno de ellos asomó un hombre en camiseta y arrojó un cubo de basura al mar.

Jacobo y Damián se internaron entre los montones de mercancías. El olor del mar se mezclaba con el que exhalaban los vagones para el transporte de ganado, abandonados en largas filas. Las grúas descansaban con sus enormes brazos apuntando al cielo.

Llegaron por fin al borde del agua.

—¡Aquí es!— susurró Jacobo.

Se despojó inmediatamente de la ropa, que amontonó al lado de una bita.

Damián sostuvo la cuerda que se habían procurado, y le pasó una vuelta por la misma bita para hacerla firme.

El otro se deslizó al mar sin producir ruido.

Transcurrieron largos segundos.

Por fin afloró la cabeza de Jacobo, grandota y desordenada como la de un perro de aguas.

—Le hice una amarra al baúl— declaró satisfecho. Apenas pudo decir algo después del tremendo esfuerzo que le significó sumergirse.

No tenía ya la misma energía del antiguo pescador de perlas.

—¿Crees tú que sólo contiene libros?— preguntó Damián—. Porque entonces...

Jacobo no contestó. Permanecía aun abajo, asido a la cuerda, los pies apoyados a una saliente del muelle. Cuando se repuso, trepó con agilidad por la misma cuerda. Ya arriba se apresuraron para izar inmediatamente el baúl.

—Me pareció bastante pesado. Debe estar lleno de agua— murmuró.

Hablaban quedamente como dos niños grandotes metidos en una aventura fantástica.

—¿Y qué haremos si sólo son libros?— insistió Damián con la respiración entrecortada.

—No sé.

Les palpitaba fuertemente el corazón por la emoción y el esfuerzo. No se divisaba un alma en los alrededores. Un remolcador hizo sonar su sirena al otro lado de la bahía.

—¡Tesa, tesa!

Parecía que la cuerda no iba a resistir, o que iba a escapárseles de las manos mojadas.

—¡Toma otra vuelta en la bita!

Descansaron brevemente.



Por fin pusieron arriba el baúl. No se escuchaba sino el ruido de la marea ascendente, lamiendo siempre el muro del malecón. El buque más próximo se hallaba a unos cien metros a lo largo de los muelles. Tenía una lucecilla eléctrica a popa que no alcanzaba a perforar las sombras,

Jadeaban. ¡Cuánto trabajo! ¡Y el otro que había ordenado botarlo nada mas que para hacer una broma! Pero en fin, habría alguna recompensa además de los billetes que ya habían gastado... Quizá alguna borrachera tumultuosa, como otras veces... o alguna de esas mujeres que los habían llamado...

Abrieron la tapa del baúl con un fierro. Jacobo encendió un fósforo que sacó de sus ropas secas junto a la bita. Vislumbró un trapo negro... Luego algo que le pareció el pie de una persona.

Retrocedió espantado.

—¡Acércate tú!— gimió con voz temblorosa, mirando a Damián que auscultaba la bahía.

Damián avanzó, como siempre, con calma. Encendió otro fósforo. Corrió resueltamente la tela. Vio todo... Un cuerpo blanco, encogido... un rostro lívido con el cabello suelto, mojado...

—¡Es una mujer!— murmuró.

Jacobo se repuso y apartó a su amigo con un ademán brusco:

—¡Rápido! ¡Al agua otra vez!

Miró nerviosamente en todas direcciones. Ya no sabía si el agua de la reciente zambullida o el sudor frío lo empapaban por entero.

Damián se había puesto pálido. Reaccionó, dio un empujón al baúl y éste cayó al mar con un ruido sordo, que se mezcló con los otros de la bahía.

Un súbito miedo se apoderó de ambos. Jacobo se puso sus ropas apresuradamente.

—¡Vámonos! ¡Vámonos!

Ni siquiera volvieron a mirar el agua.

Desaparecieron en la llovizna que se había reanudado y se fueron por los mismos vericuetos, caprichosas callejuelas y tortuosos pasajes por donde habían venido...

Más tarde se apartaron las nubes y apareció la luna.

¡Nunca, nunca, volverían a hablar del asunto!

